

CAPÍTULO 3

DIOSITO CUIDA A LOS PENDEJOS

Una historia sobre deseo, riesgo, observación y suerte

Jimmy Tapia

*El peligro puede estar perfectamente entendido y aun así
perder frente a lo que se desea ahora.*

I. Veinte hombres

Jimmy tenía dieciséis años.

Estaba solo.

Se encontraba bajo el efecto de una sustancia que nunca había probado.

Y unos veinte hombres acababan de preguntarle qué hacía en aquel lugar.

No sonó como una pregunta.

Sonó como una advertencia.

Dos de ellos comenzaron a acercarse.



Jimmy no podía verles bien el rostro. El callejón estaba casi completamente oscuro. El cielo se encontraba cubierto y sólo por momentos una parte menos densa de las nubes dejaba pasar algo de luz de luna.

Era suficiente para distinguir las siluetas.

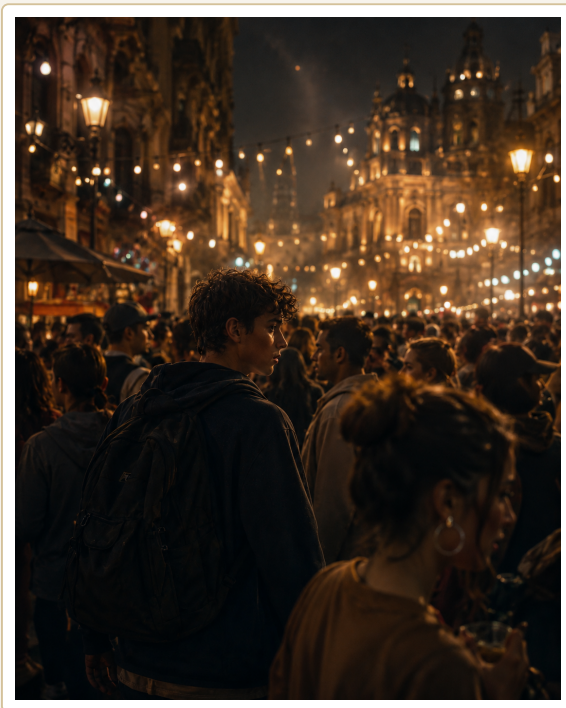
No para saber qué iba a ocurrir.

Hacía un frío que se metía hasta los huesos.

Jimmy estaba asustado, intoxicado y sin una salida evidente.
No podía enfrentarse con veinte hombres.
Tampoco sabía hacia dónde correr.
Tenía apenas unos segundos.
Entonces recordó algo que había visto esa misma mañana durante una caminata de cinco minutos.
Algo pequeño.
Una de esas escenas que casi cualquier otra persona habría olvidado.
Jimmy dijo:
—Oigan, me muero por un gallito. ¿No tendrán uno que me regalen? Es que no traigo dinero.
El hombre que venía hacia él cambió por completo.
Lo abrazó.
—Claro que sí, mi hermano.
Pero para entender por qué Jimmy dijo aquello, hay que regresar al principio del día.
Porque el peligro no empezó en el callejón.
Empezó mucho antes, dentro de algo que los adultos habían llamado un viaje cultural.

II. La cantina más grande del mundo

El viaje era con la escuela.
La explicación oficial hablaba de cultura y de un festival.
Eso era lo que decía el nombre.
El lugar decía otra cosa.
Cuando el taxi estaba por llegar a la ciudad, el conductor se volvió hacia ellos y les dijo:
—En este mes, esta ciudad se convierte en la cantina más grande del mundo.
Todavía faltaba aproximadamente un kilómetro para entrar y el olor a marihuana ya se sentía por todas partes.
No era algo aislado.
Parecía cubrir la ciudad.



Había bares y antros a los que los menores podían entrar con identificaciones falsas. Había sustancias disponibles por todos lados. La multitud era tan grande que en algunas calles apenas se podía caminar.

Personas de muchos países.

Idiomas distintos.

Rostros distintos.

Colores distintos.

Una ciudad desbordada durante un festival que, al menos para Jimmy, tenía muy poco de cultural.

Él no bebía.

Sí fumaba cigarrillos.

Ése era su vicio.

Pero nunca había fumado marihuana ni consumido hongos u otras drogas.

Eso importa porque, antes de terminar aquel día, probaría un hongo y fumaría marihuana por primera vez. No conocía su tolerancia, no sabía qué esperar y terminó mezclando las dos cosas en cuestión de horas.

También importa por otra razón.

El nombre de un evento puede tranquilizar a una familia sin describir el ambiente real en el que van a encontrarse sus hijos.

“Viaje cultural” suena a itinerario, supervisión y actividades organizadas.

No dice nada sobre identificaciones falsas.

No dice nada sobre bares llenos de menores.

No dice nada sobre sustancias al alcance de cualquiera.

No dice nada sobre lo que ocurre cuando un grupo se separa y uno de sus integrantes queda solo en una ciudad saturada.

En aquel grupo escolar, Jimmy tenía un solo amigo de verdad.

Se llamaba Héctor.

Héctor era el líder.

Jimmy describía a los demás como los esbirros de Héctor.

Trataba a Jimmy como a un igual. A los demás solía tratarlos mal. Ellos lo seguían, pero advertían la diferencia. Jimmy percibía que les molestaba el respeto que Héctor le tenía.

Aquel día, mientras caminaban entre la multitud, los otros vieron a unas jóvenes y le dijeron a Héctor:

—Mira, ahí están unas jóvenes que nos están hablando. Vámonos.

Lo distrajeron.

Lo jalaron.

Se lo llevaron prácticamente a la fuerza.

Mientras se alejaban, miraban a Jimmy de reojo.

La intención, tal como Jimmy la percibió, era dejarlo atrás.

Él podía haber corrido tras ellos.

No lo hizo.

No era amigo de los demás. Era amigo de Héctor.

Así que siguió caminando solo.

Es tentador unir de inmediato esa separación con todo lo que ocurrió después.

Decir que Jimmy, al sentirse excluido, necesitó encontrar otra persona que lo aceptara.

Esa explicación suena ordenada.

También es incorrecta.

Jimmy no fue detrás de una mujer para sustituir al grupo ni para sentirse aceptado.

Quería tener sexo.

Y quería tenerlo con la mujer más atractiva que encontrara dentro de sus propios criterios.

No era una necesidad exclusiva de los hombres. Las mujeres también tenían deseos e intereses propios. Lo que Jimmy no podía saber era qué buscaba exactamente cada una.

Pero sí sabía qué buscaba él.

Cambiar ese motivo por una teoría más elegante haría que la historia sonara más psicológica.

También la volvería falsa.

III. Cinco minutos

Esa misma mañana, antes de quedar solo, Jimmy había coincidido con un joven conocido de Héctor.

Caminaron juntos unos cinco minutos.

Era aproximadamente de la misma edad que Jimmy, pero le produjo una impresión inmediata.

Jimmy lo consideró un genio.

No porque le hubiera mostrado un diploma.

No porque hablara de libros.

Por la rapidez con la que parecía entender a las personas y por la seguridad con la que se movía entre ellas.

El joven iba regalando marihuana a quienes encontraba.

La escena se repetía.

Se acercaba a alguien.

La otra persona suponía que él estaba pidiéndole marihuana y respondía con disposición, como quien va a compartir algo con un amigo.

Entonces el joven la corregía:

—No, no. Yo te voy a dar a ti.

La reacción mejoraba todavía más.

No sólo aceptaban.

Se alegraban.

Jimmy no entendió en ese momento todo lo que aquel joven estaba haciendo. Tampoco necesitaba entenderlo.

Le bastó con registrar una regularidad:

cuando alguien pedía marihuana, las personas lo trataban como a un hermano.

Después de cinco minutos, se separaron.

Cada uno siguió su camino.

Aquella observación parecía no tener ninguna importancia.

Horas más tarde sería la única idea que Jimmy encontraría cuando dos hombres comenzaran a caminar hacia él dentro de un callejón.

IV. Ocho segundos

La ciudad estaba llena.

No llena como una avenida en hora pico.

Llena al punto de dificultar el paso.

Jimmy avanzaba entre personas de todas partes del mundo cuando vio a una mujer.

Era de piel morena clara.

Tenía ojos verdes.

Cabello castaño.

Era delgada y medía aproximadamente un metro con sesenta y cinco centímetros.

Jimmy recuerda un rostro angelical y facciones que le parecieron perfectas.

Ella lo miró.

Él la miró.

Caminaron en direcciones contrarias y pasaron uno junto al otro sin dejar de sostenerse la mirada.

Después quedaron de espaldas.

Jimmy tenía una regla personal:

nunca volteaba después de cruzarse con una mujer.

Pero recordó algo que un amigo le había dicho tiempo atrás.

Si quería saber si le gustaba a una mujer, debía esperar ocho segundos y después volverse. Si ella hacía lo mismo en ese momento, probablemente también estaba interesada.

Jimmy contó.

Uno.

Dos.

Tres.

Hasta ocho.

Volteó.

Ella volteó al mismo tiempo.



La regla había funcionado.

Jimmy sonrió.

Ella sonrió.

Él le hizo una seña para que se acercara.

Ella respondió:

—No. Ven tú.

Jimmy fue.

La mujer tenía diecinueve años.

Era de Guadalajara.

Había rentado una casa durante todo el festival.

Lo invitó.

Jimmy aceptó porque le parecía preciosa y porque quería que ocurriera algo sexual entre ellos.

Había información suficiente para reconocer el riesgo.

Era menor de edad.

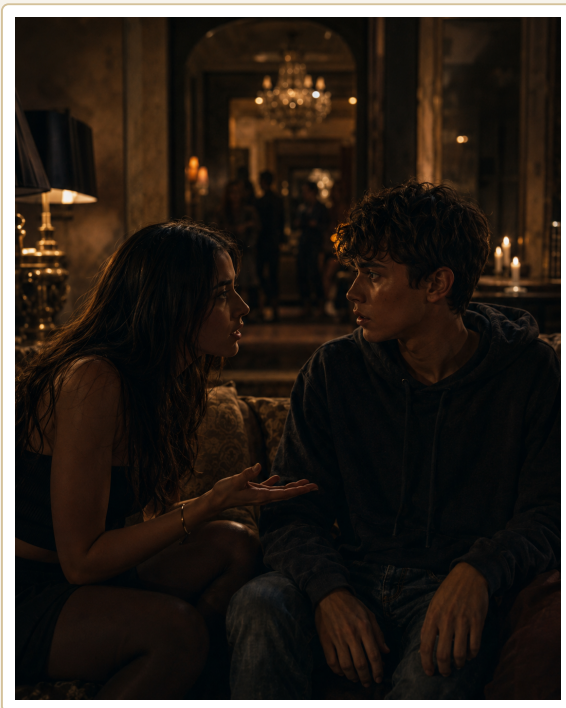
Estaba solo.

No conocía a la mujer.

No sabía dónde quedaba la casa.
No conocía a quienes podían estar ahí.
Ninguna persona de confianza estaba con él en ese momento.
Nada de eso estaba oculto.
Jimmy podía verlo.
Y fue de todos modos.

V. Escúpelo

Ya en la casa, la mujer sacó unos hongos.
Le dio uno.
Jimmy comenzó a masticarlo.
El sabor le pareció horrible.
Aun así lo tragó.
Pasaron unos veinte minutos.
Tal vez media hora.
Estaban hablando cuando ella le dijo de pronto:
—Escúpelo.
Jimmy la miró sin entender.
—¿Cómo que lo escupa? Si me lo tragué hace media hora.



En ese momento, la mujer se sentó encima de él y comenzó a besarle el cuello.

Entonces empezó el efecto.

Y con el efecto llegó el miedo.

No apareció poco a poco.

Llegó en seco.

Jimmy pensó en lo que hasta ese momento había dejado en segundo plano.

No conocía a nadie.

No sabía dónde estaba.

Podían entrar tres hombres por la puerta.

Podía despertar en Tijuana sin un riñón.

Podía no despertar.

No tenía evidencia de que algo así estuviera por ocurrir. Era una posibilidad creada por el miedo, no una descripción de lo que la mujer planeaba.

Pero una parte de aquel pensamiento era indiscutible:

Jimmy había entregado casi todo el control de la situación.

Estaba en una casa desconocida.
Había consumido una sustancia que nunca había probado.
Se había ido sin avisar.
Nadie sabía dónde estaba.
No había un teléfono celular para avisar ni pedir ayuda.
Tampoco sabía cómo regresar.
En ese momento lo vio todo de golpe.
Estoy haciendo todo lo que no debo hacer.
Salió corriendo.
En cuanto pisó la calle, la percepción comenzó a cambiar.
Las cosas se veían extrañas.
Como si estuviera dentro de una computadora.
Como si la realidad fuera generada.
Como si el mundo que tenía delante no terminara de ser real.
Corrió cuatro cuadras mientras el efecto aumentaba a cada paso.
No estaba avanzando hacia un lugar que conociera.
Sólo se estaba alejando de la casa.
Y al hacerlo, salió de una situación que le había producido miedo para entrar en otra que podía ser todavía más peligrosa.

VI. El callejón

Aquella ciudad tenía túneles, callejones y zonas en las que la oscuridad borraba casi todo.
Jimmy llegó a una de ellas.
No alcanzaba a verse las manos.
Avanzaba a tientas.
El frío se le metía hasta los huesos.
El cielo estaba nublado. De vez en cuando, una parte menos espesa de las nubes dejaba pasar algo de luz de luna.
En uno de esos momentos dobló una esquina.
Entonces vio las siluetas.
Eran aproximadamente veinte.
Todos hombres.
Por la manera de hablar, Jimmy los percibió como personas peligrosas.
Ellos lo detectaron de inmediato.

—¿Tú qué andas haciendo aquí?

El tono fue agresivo.

Parecía que aquel espacio les pertenecía, que Jimmy acababa de entrar sin permiso y que lo veían como a una presa.

Él estaba bajo el efecto del hongo.

Tenía miedo.

No conocía el lugar.

Cuando dos hombres comenzaron a acercarse, Jimmy buscó dentro de lo poco que tenía disponible.

No encontró fuerza.

No encontró una salida.

Encontró un recuerdo.

Cinco minutos de aquella mañana.

Un joven regalando marihuana.

Personas que creían que él les pedía.

El cambio en la manera de tratar a quien compartía aquel código.

Jimmy habló:

—Oigan, me muero por un gallito. ¿No tendrán uno que me regalen? Es que no traigo dinero.

VII. Mi hermano

La transformación fue inmediata.

El hombre que avanzaba de forma agresiva lo abrazó.

—Claro que sí, mi hermano.

Le gritó a otro que forjara uno.

Lo prepararon.

Lo encendieron.

Se lo pasaron.

Jimmy fumó con ellos.

Era la primera vez que fumaba marihuana.

También era la primera vez que consumía un hongo.

En su primera experiencia con drogas había mezclado ambas sustancias, solo, en una ciudad que no conocía y después de entrar en un callejón ocupado por hombres que acababan de recibirlo con hostilidad.

No había un plan.

Había una observación.

Había un recuerdo.

Y había una frase improvisada en el momento.

Jimmy se despidió como si aquellas personas fueran amigos de toda la vida.

Salió caminando.

La frase había modificado la interacción.

Eso es un hecho.

Y el cambio permite observar algo más.

Antes de la frase, Jimmy era un extraño que había entrado en su espacio.

Después pidió participar en una práctica que ellos compartían y utilizó una expresión que reconocían: “un gallito”.

La respuesta del hombre muestra el cambio de categoría:

—Claro que sí, mi hermano.

No fue un adorno verbal.

Unos segundos antes se acercaba con agresividad.

Ahora lo abrazaba.

La conducta humana cambia con rapidez cuando alguien deja de ser percibido como “uno de afuera” y empieza a ser tratado como “uno de los nuestros”. La investigación sobre identidad social ha encontrado que incluso categorías mínimas pueden producir trato preferente hacia el propio grupo y que una identidad compartida puede aumentar la disposición a ayudar.

Jimmy no formuló esa teoría dentro del callejón.

Hizo algo más básico y más útil en ese instante:

reprodujo una señal de pertenencia que había observado esa misma mañana.

Decir que no llevaba dinero también pudo reducir el interés de robarlo. Y no es posible medir cuánto aportó cada parte de la frase.

Pero la secuencia observable no desaparece:

antes de la frase se acercaron con agresividad.

Después de la frase lo abrazaron, compartieron con él y lo dejaron salir.

La observación le dio una respuesta.

La respuesta funcionó.

Pero decir que Jimmy sobrevivió sólo por su inteligencia sería convertir una sucesión de errores y accidentes en una hazaña limpia.

No lo fue.

Había actuado sin medir suficiente.

Había consumido dos sustancias que no conocía.

Estaba completamente desorientado.
Y lo que ocurrió después deja muy poco espacio para presumir control.
Caminó dos cuadras.
Luego perdió el conocimiento.

VIII. El tramo que nadie conoce

Jimmy no sabe cuánto tiempo pasó.
No sabe por dónde caminó.
No sabe si cayó.
No sabe si alguien se acercó.
No sabe cómo llegó hasta el lugar donde recuperó la conciencia.
Inventar esa parte haría la historia más cinematográfica.
También sería mentir.
El siguiente recuerdo es estar de pie en medio de una avenida principal.
Había automóviles circulando en ambas direcciones.



Pasaban a sus lados.

Jimmy estaba completamente vestido.

Todo parecía estar en orden, salvo por el hecho de haber despertado en un sitio donde un movimiento equivocado podía haber terminado con su vida.

No recuerda haber llegado hasta ahí.

Tampoco recuerda haberse puesto de pie.

Como pudo, corrió hacia una farmacia.

Después tomó un taxi.

Regresó al hotel.

La petición del callejón había sido observación e improvisación.

Despertar vivo en aquella avenida fue suerte.

Confundir esas dos cosas produciría una lección peligrosa.

La primera puede desarrollarse.

La segunda no puede exigirse.

IX. La ouija y la mujer de las flores

Jimmy llegó a su habitación pensando que el peligro había terminado.

Encendió la luz.

Sobre la mesa había una tabla ouija.

No era una tabla cualquiera.

Era la misma que él había comprado como broma el día anterior y que después había tirado a la basura en otra ciudad.



Verla ahí le heló la sangre.

Durante unos instantes creyó que el objeto lo había seguido.

El pensamiento era irracional.

El miedo era real.

Después razonó.

La explicación más probable era que alguien del grupo escolar la hubiera recuperado para jugarle una broma pesada.

No sabía quién la había puesto sobre la mesa.

La volvió a tirar.

Se quedó en ropa interior y comenzó a dormirse.

Entonces tocaron la puerta.

Era otra mujer.

No la mujer de Guadalajara.

No la del hongo.

Era la joven de las flores.

Para entender quién era, hay que regresar varios años.

Jimmy y ella habían coincidido en la secundaria. Ella cursaba un grado menos que él.

En aquella época, Jimmy provocó accidentalmente un incidente que la afectó. Ella no resultó lesionada, pero supo que había sido él y desde entonces lo despreciaba.

Nunca habían hablado.

Tiempo después, ya en la preparatoria, Jimmy había reprobado un año y ambos quedaron en el mismo nivel escolar.

Cuando la vio subir al camión del viaje, sintió que se le helaba la sangre. Ya se me arruinó el viaje, pensó.

Ella también lo vio.

Torció la boca con un gesto de desprecio y siguió su camino.

No cruzaron una sola palabra.

Esa noche, en el club, había jóvenes de distintos países. Italianos, franceses y otros europeos se mezclaban alrededor de las mesas y la pista.

En algún momento, una joven se subió a bailar sobre una mesa.

Para Jimmy era la más hermosa del lugar.

En cuanto comenzó a bailar, se convirtió en el centro de todo el club.

Los hombres la miraban.

Jimmy no.

Mientras los demás trataban de llamar su atención, él no volteó a verla. Jimmy recuerda que fue ella quien terminó acercándose a su mesa.

—¿Tienes un cigarrillo?

Ésas fueron las primeras palabras que cruzaron.

Jimmy sí tenía. Sus cigarrillos estaban sobre la mesa y fumar era su vicio.

Aun así respondió que no tenía.

La joven le indicó que le pidiera uno a su amigo.

Jimmy se volvió hacia Héctor y le preguntó si tenía un cigarrillo. En voz baja le pidió que dijera que no.

Héctor no le hizo caso.

Se lo dio.

Héctor intentó encendérselo.

Ella no quiso.

Insistió en que fuera Jimmy quien lo hiciera.

Él lo hizo.

Entonces Jimmy observó algo más.

Ella no fumaba de verdad.

Dejaba entrar un poco de humo en la boca y lo soltaba de inmediato. No lo inhalaba.

Años después, al reconstruir la escena, Jimmy llegó a una conclusión: el cigarrillo no era lo que ella buscaba. Era el pretexto para acercarse y hablar con él.

Después ella dijo que necesitaba ir al baño y que estaba muy ebria.

Jimmy le dijo a Héctor que la llevara.

Ella se negó.

—No, no, no. No quiero a Héctor. Quiero que me lleves tú.

Jimmy terminó llevándola cargando hasta la entrada.

La dejó allí. Ella entró sola y él se quedó afuera.

El baño tenía unas puertas abatibles, como las de una cantina.

En algún momento pasó otra mujer. Jimmy no recuerda si entraba o salía. Sólo recuerda que, al abrirse las puertas, alcanzó a ver el interior.

La joven estaba de pie, arreglándose y moviéndose con absoluta normalidad.

No estaba ebria.

Había estado fingiendo.

Jimmy se asustó.

Recordó el accidente y el gesto de desprecio con que ella lo había recibido en el camión. Pensó que la borrachera fingida podía ser parte de un plan para vengarse.

Cuando salió del baño, volvió a comportarse como si apenas pudiera sostenerse.

Se detuvo frente a él, levantó los labios y los dejó a medio centímetro de los suyos.

Jimmy la besó.

Se besaron durante aproximadamente media hora. Después ya era tarde y cada uno siguió su camino.

Ahora, un día después, ella estaba en la puerta de su habitación.

Llegó cerca de la una de la mañana cargando muchísimos ramos de flores que distintos hombres le habían regalado durante el día. Su belleza atraía miradas y atenciones dondequiera que aparecía.



Jimmy no sabía qué había hecho ella durante esas horas. No habían estado juntos: él había vivido su propia aventura.

Entró.

Lo regañó.

Quiso saber con quién había estado y qué había hecho.

Después le dijo una frase que a Jimmy le causó gracia:

—Un hombre como tú no puede estar solo ni de broma.

Luego se desnudó.

Estaban a punto de tener sexo cuando unos compañeros comenzaron a golpear la puerta.

Desde el pasillo le pedían preservativos. Le dijeron que habían ligado con unas mujeres gordas, de alrededor de cuarenta años, y no dejaban de insistir.

No se iban.

La interrupción rompió por completo la atmósfera de la habitación.

La joven se vistió.

Salió.

Jimmy se durmió.

Durante el viaje, una maestra de alrededor de cincuenta años le había hecho insinuaciones a Jimmy delante de otras personas. Él nunca le respondió. A veces fingía no escucharla; otras, simplemente guardaba silencio.

Esa maestra vio a la joven salir de la habitación durante la madrugada. Después, visiblemente molesta, lo dijo delante de todos los compañeros del salón. Jimmy interpretó la manera en que lo hizo como un intento de avergonzarlos. No puede establecer qué motivó a la maestra; sí recuerda tanto las insinuaciones anteriores como la exposición pública de la escena.

Eso fue lo que los adultos alcanzaron a ver.

Una joven saliendo de una habitación.

Lo demás había ocurrido fuera de su vista.

La casa desconocida.

El hongo.

El callejón.

La marihuana.

El periodo sin conciencia.

La avenida.

Así terminó aquel viaje para Jimmy.

Sin una explicación final.

Sin una moraleja limpia.

Sin que supiera qué había ocurrido durante el lapso perdido.

Sobrevivió.

Pero en ese mismo viaje, otros no regresaron.

X. El error de explicar demasiado

Una historia como ésta invita a llenar cada espacio con una teoría.

Los compañeros lo dejaron solo.

Entonces buscaba pertenecer.

La mujer lo invitó.

Entonces necesitaba validación.

El hongo le produjo miedo.

Entonces una parte secreta de su mente sabía lo que iba a ocurrir.

Pidió marihuana.
Entonces descifró conscientemente un código social complejo.
La ouija le produjo terror.
Entonces le temía más a la humillación del grupo que a la muerte.
Todo suena interesante.
Ninguna de esas conclusiones puede establecerse como un hecho.
La primera, además, contradice directamente a Jimmy.
Él no siguió al grupo.
No fue tras Héctor.
No intentó convencer a los demás de que lo aceptaran.
Cuando se acercó a la mujer de Guadalajara, quería tener sexo con ella.
Eso no convierte su decisión en una buena decisión.
Sólo identifica el motivo que él reconoce.
La escena de la noche anterior ofrece otra tentación.
La mujer a la que todos miraban se acercó al hombre que no la miró.
Sería fácil convertir esa secuencia en una regla de seducción:
ignora a una persona y conseguirás que te persiga.
Esa conclusión elimina precisamente lo más interesante.
Ella no se limitó a pedir un cigarrillo.
Cuando Héctor intentó encendérselo, ella no aceptó que él lo hiciera e insistió en que fuera Jimmy.
Después no inhaló el humo.
Cuando dijo que necesitaba ir al baño, rechazó otra vez a Héctor e insistió en que la llevara Jimmy.
Detrás de las puertas dejó de actuar como una persona ebria.
Al salir retomó la actuación, acercó los labios a medio centímetro de los de Jimmy y dejó que él completara el movimiento.
Ninguno de esos actos, aislado, demostraría gran cosa.
Juntos forman una secuencia coherente y deliberada.
El cigarrillo no satisfizo una necesidad. Creó la conversación.
La supuesta borrachera no describió su estado. Creó el contacto y consiguió que Jimmy la acompañara.
Y acercar los labios sin iniciar el beso comunicó interés, pero dejó en Jimmy la decisión final.
Años después, Jimmy interpretó que el cigarrillo había sido un pretexto.

La conducta respalda esa lectura. La secuencia permite reconocer que ella estaba creando oportunidades para acercarse a Jimmy; no permite atribuirle cualquier intención más allá de esos actos.

Las personas suelen comunicarse de manera indirecta cuando decir lo que desean las expone al rechazo, a perder posición o a quedar en evidencia. La insinuación permite avanzar si la otra persona responde y conservar una salida si no lo hace.

En vez de preguntar abiertamente “¿te interesa?”, alguien pide un cigarrillo.

En vez de decir “quiero estar cerca de ti”, pide que la acompañen.

La petición visible habla de un objeto o de una necesidad.

La secuencia revela qué interacción estaba buscando.

Eso no convierte la indiferencia de Jimmy en una técnica universal para atraer personas. Muestra algo más profundo: el deseo muchas veces se disfraza de necesidad cuando expresarlo directamente amenaza el orgullo o la posición social.

Entender la naturaleza humana no exige escoger entre inventar una explicación y declarar que nada puede saberse.

Exige distinguir una interpretación respaldada por la conducta de una historia fabricada para llenar los huecos.

También exige separar cuatro cosas.

Lo que ocurrió.

Lo que la persona recuerda.

Lo que sintió en ese momento.

Y lo que después cree que significa.

En esta historia, los hechos conocidos son concretos.

Jimmy fue solo con una desconocida.

Consumió un hongo.

Sintió miedo y huyó.

La percepción del entorno se alteró.

Entró en una zona oscura.

Un grupo de hombres lo recibió de manera agresiva.

Recordó una interacción de esa mañana.

Pidió marihuana.

La conducta del grupo cambió.

Fumó con ellos.

Perdió el conocimiento.

Despertó en una avenida.

Volvió al hotel.

Encontró la tabla.

La joven que había conocido la noche anterior llegó a buscarlo.

Unos compañeros golpearon la puerta para pedirle preservativos.

Ella se fue.

Una maestra la vio salir durante la madrugada y después lo dijo frente al grupo.

Jimmy sobrevivió.

Otros no.

Sobre esos hechos pueden construirse interpretaciones.

Pero deben presentarse como interpretaciones.

No como recuerdos que nunca existieron.

Jimmy no empezó a estudiar la conducta humana porque ya tuviera respuestas.

Empezó porque no entendía el mundo ni por qué las personas hacían lo que hacían.

Aquel día le dejó demasiadas preguntas.

XI. Saber no basta

La frase más importante de aquel día no se pronunció en el callejón.

Jimmy la formuló muchos años después:

“Yo sabía que todo lo que estaba haciendo estaba mal. Lo sabía perfectamente. Y aun así lo hice.”

Ése es el centro de la historia.



No que los adolescentes sean incapaces de distinguir el peligro.

No que vivan convencidos de ser inmortales.

No que una parte del cerebro permanezca apagada hasta el día exacto en que cumplen veinticinco años.

La realidad es menos sencilla.

Desde el inicio de la adolescencia, muchos jóvenes pueden identificar posibles consecuencias y razonar sobre ellas de una manera comparable a la de los adultos cuando la situación es tranquila y la decisión se presenta sobre una mesa.

Pero las decisiones reales rara vez llegan de esa manera.

Llegan dentro de una multitud.

Frente a una persona deseada.

Con la posibilidad de obtener algo inmediato.

En un ambiente nuevo.

Con emoción.

Con prisa.

Con sustancias disponibles.

Fuera de la vista de los adultos.

Y con la impresión de que todavía es posible retirarse antes de que ocurra algo grave.

En esas condiciones no desaparece el conocimiento.

Cambia el peso que recibe.

Jimmy sabía que no debía ir con una desconocida.

Pero la posibilidad inmediata de estar con una mujer que le atraía pesó más.

Sabía que no debía consumir una sustancia desconocida.

Pero el hongo ya estaba en su mano, la situación avanzaba y el peligro seguía pareciendo una posibilidad lejana.

La advertencia no estaba ausente.

Estaba perdiendo la competencia contra lo que Jimmy quería en ese instante.

La investigación sobre decisiones adolescentes ayuda a explicar esa diferencia sin convertirla en una sentencia absoluta.

El control de impulsos y la coordinación entre sistemas relacionados con recompensa y regulación continúan desarrollándose durante la adolescencia y la adultez joven. No existe un interruptor universal que se active a una edad exacta. Hay diferencias entre personas y entre situaciones.

También se ha observado que los contextos emocionantes, estresantes o cargados de recompensa pueden influir más en las decisiones de los adolescentes que una explicación tranquila sobre consecuencias futuras.

Y la presencia de pares puede aumentar el riesgo incluso cuando las probabilidades negativas se conocen.

Pero ese último hallazgo no debe imponerse sobre esta escena particular.

Jimmy estaba solo cuando siguió a la mujer.

Nadie lo desafió.

Nadie le pidió demostrar nada.

Nadie le ofreció aprobación a cambio de ir.

Su motivo declarado fue deseo sexual.

La ciencia sirve para reconocer patrones generales.

No para borrar los detalles de una persona y reemplazarlos con el promedio de un estudio.

El efecto del hongo tampoco necesita una explicación inventada.

La psilocibina puede alterar temporalmente la percepción, el pensamiento y el estado emocional. Las experiencias pueden ir desde sensaciones agradables hasta miedo intenso o terror. Eso basta para

entender que el cambio perceptivo y el miedo de Jimmy son compatibles con efectos conocidos.

No hace falta afirmar que la sustancia apagó un supuesto sistema de dopamina y dejó una parte del cerebro sin frenos.

Eso no está establecido por lo que ocurrió.

Tampoco puede asegurarse que el miedo haya revelado una amenaza real dentro de la casa.

Lo que sí hizo fue cambiar qué información dominaba la atención de Jimmy.

Antes del efecto, dominaba el deseo.

Después, dominó el peligro.

La casa era la misma.

La mujer era la misma.

Lo que cambió fue el estado desde el que Jimmy estaba interpretando la situación.

Ésa también es naturaleza humana.

No evaluamos el mundo desde un punto fijo.

Lo evaluamos desde el cuerpo, el deseo, el miedo, la experiencia, el contexto y el momento.

Por eso una persona puede conocer una consecuencia y actuar como si no existiera.

No siempre porque sea incapaz de comprenderla.

A veces porque otra cosa pesa más ahora.

XII. Interpretaciones

La relación con Héctor alteraba la jerarquía del grupo. El respeto que recibía Jimmy lo colocaba en una posición distinta de quienes obedecían al líder, aunque él no perteneciera realmente a ellos.

Apartar a Héctor fue una forma indirecta de quitarle esa posición sin desafiarlo de frente. El grupo no necesitó expulsar a Jimmy: bastó con retirar a la única persona que legitimaba su presencia.

Jimmy sabía que irse con una desconocida a una casa ajena y aceptar una sustancia que nunca había probado era peligroso. El problema no fue la falta de información.

El deseo sexual ofrecía una recompensa inmediata. El daño seguía siendo una posibilidad futura. Ambos datos podían estar presentes y, aun así, pesar de manera completamente distinta.

El razonamiento no desapareció. Quedó subordinado a lo que quería en ese momento. La mente puede reconocer el peligro y utilizar su inteligencia para justificar que todavía vale la pena acercarse.

La sustancia no inventó la incertidumbre. La amplificó hasta convertirla en una amenaza concreta.

Minutos antes, el deseo había reducido el peso del riesgo. Bajo el efecto del hongo, el miedo hizo lo contrario: llenó cada vacío con el peor desenlace posible.

La huida respondió a una amenaza imaginada, pero lo llevó hacia una amenaza real. La emoción que intenta proteger también puede empeorar la posición cuando toma el control de la conducta.

Frente a aquellos hombres, el problema de Jimmy era una categoría social. Para ellos era un desconocido que había entrado en su territorio.

Su frase operó en tres niveles. Decir que no llevaba dinero reducía el incentivo de asaltarlo. Pedir un gallito con el lenguaje del grupo mostraba que conocía su código. Pedir que se lo regalaran les permitía responder desde la generosidad y no desde la defensa.

En segundos dejó de ser tratado como un invasor y comenzó a ser tratado como uno de ellos. Una señal de identidad compartida puede modificar la conducta antes de que cambie cualquier circunstancia material.

Jimmy conservó una observación aparentemente insignificante y logró recuperarla bajo amenaza. Eso muestra atención, memoria e improvisación en una situación extrema.

El resultado también puede producir una ilusión peligrosa: creer que haber controlado una interacción equivale a controlar la situación completa.

Él cambió una conversación. No controló el efecto de las sustancias, el camino que tomó después ni el periodo en que perdió la conciencia. La supervivencia reunió inteligencia práctica y circunstancias que jamás estuvieron en sus manos.

La tabla concentró un tipo de miedo distinto. Los hombres del callejón eran una amenaza visible, localizada y momentánea. La posibilidad de que alguien hubiera llevado la ouija hasta su habitación convertía el peligro en algo capaz de seguirlo e invadir el lugar donde debía sentirse protegido.

Sin conocer la causa, la mente produjo una explicación sobrenatural y después una explicación social. Ante un hecho improbable, una causa incompleta suele sentirse menos inquietante que no tener ninguna.

El objeto podía ser inofensivo y, al mismo tiempo, representar una amenaza mayor: la idea de que el agresor pertenecía al propio grupo y podía actuar sin mostrarse.

El accidente ocurrido años antes creó una historia previa desde la cual Jimmy interpretó cada señal. Un gesto, una petición y una conducta fingida fueron leídos como posibles pasos de una venganza.

Las mismas señales podían significar interés, pero la experiencia anterior hacía que la amenaza pareciera la explicación más probable.

Los hechos posteriores cambiaron el significado de los primeros. La percepción nunca recibe una conducta en estado puro: la filtra mediante lo que teme, lo que espera y lo que cree saber de la otra persona.

Jimmy detectó señales reales, pero les atribuyó al principio una intención equivocada. Tiempo después entendió que aquella historia había comenzado antes de lo que él creyó.

En todas estas situaciones, el conocimiento convivió con una conducta que avanzaba en dirección contraria.

La conducta humana no siempre obedece a la idea más razonable. Suele obedecer a la fuerza que domina ese momento: deseo, miedo, estatus, identidad o recompensa inmediata.

La razón muchas veces no dirige la decisión. Llega después, para explicarla, justificarla o intentar corregirla.

Por eso conocer un peligro y actuar de acuerdo con ese conocimiento son capacidades distintas.